

Y en la página 75:

Después de algunos días. Cuando estaba en el estero. Plenamente desnudo. Clavando las estacas para poner las redes. Medio sumergido en el agua. Sintió un dolor agudo en sus partes viriles. Fué como si le hubiesen clavado una espina de uña de tigre. Pero adentro, muy adentro. Cortándole en tiras sus carnes más delicadas.

Esto no es el estilo cortado de que hablan los textos de retórica, ni el personalísimo estilo de Azorín. Esto es simplemente de mal gusto, y con ingenuidades de principiante.

Aunque enemigos de la crítica menuda, que espiga en la belleza de una obra hasta dar con las malezas que la afean, hemos querido copiar, por honda simpatía a la novela y a su autor, cosas que nos parecen inexplicables. Tenemos la esperanza de que Aguilera Malta nos dé la razón y no reincida.—C. P. S

POESIA

MAPA DE UN CORAZÓN, por *Rodrigo Rodríguez San Martín*.

Desde antiguo hemos sentido cierta antipatía por los libros que ostentan la fotografía del autor. Nos parece excesiva ingenuidad o simplemente petulancia. En los volúmenes escritos por mujeres es tal vez posible perdonar tal pretensión, sobre todo cuando éstas son hermosas. Nos referimos, se entiende, a los libros editados por los propios autores ya que, cuando el editor es otro sujeto, puede encontrar, por diversas causas, necesaria la inclusión de la foto respectiva. Una caricatura o un retrato lo encontramos ya más justificable. En esto no entra solamente la vanidad del autor sino que, además, existe el deseo de mostrar a base de la propia figura, otra realización artística, aunque por lo general, el deseo se queda en intención pues lo realizado rara vez corresponde a aquel. Nos parece que esta demás decir que aludimos a libros nacionales.

El autor de este «Mapa de un corazón» reproduce su fotografía en la segunda hoja de su obra. Es un rostro simplote, inex-

presivo, regordete, que demuestra un hombre bien alimentado. Una boca grande, nariz ancha, frente ni chica ni amplia. Cabellos abundantes más o menos bien peinados. Además, un par de lentes. Detrás de éstos, unos ojos que nada dicen. Si la obra que tenemos por delante (1), es de versos románticos o de cualquiera de esos que gustan a las muchachas sentimentales, van a sentirse defraudadas. Muchas de ellas acaso habrían preferido desconocer la reproducción de la realidad facial de Rodrigo Rodríguez; habrían tenido la grata libertad de imaginárselo como mejor les placiera.

Después de la fotografía, viene un prólogo. Vemos la firma de un escritor joven vastamente conocido: Luis Enrique Delano. Pero, como ya es verdad de Pero Grullo, los prólogos se colocan primero en una obra y se leen al último, nosotros no vamos a refutarla. Entremos, entonces en este «Mapa de un corazón», que empieza con «La canción de las hojas:

CIELO

Cielo de nimbos gráciles que juegan con mis ojos.
Muñeca de mis ansias que se quiebra en el duelo
de las hojas. La era
está muerta de oro y huérfana de espigas,
La boca del otoño
va tragando este oculto manantial de palabras. . .

Y así toda la canción. Pero no deseamos ser injustos y no debemos juzgar por ella el resto del libro. Vamos a leerlo íntegramente.

De su lectura se desprende, en el aspecto formal, la manifestación de dos tendencias. Una, hacer versos libres, distantes del marco de todo canon, y que suponemos, cronológicamente, posterior de la otra en la que aparece la expresión sujeta a los moldes de la retórica. En esta última se destaca con más facilidad la insuficiencia del temperamento de Rodrigo Rodríguez San Martín. Versos generalmente bien medidos, con sol-

(1) Imprenta y Librería «Illapel.»—Illapel. 1933.

tura en la forma, pero continuamente despersonalizados. Nada indican ni hacen suponer que en su autor exista algún contenido íntimo posible en transformarse en belleza; algún cauce subterráneo, de carácter artístico, en busca de la necesaria salida. Son versos iguales a muchos otros publicados por otros tantos muchachos entusiastas o graves caballeros que suponen que es un entretenimiento inofensivo, o un adorno al hacerlo. Nada cuesta probar lo afirmado. Tomemos un soneto en homenaje a Charlot:

Nuevo Garrick de Peza, que llorando reía
sin que nadie escrutara su recóndita angustia,
vas, Charlot, tremolando tu pendón de alegría
mientras sangra la herida de tus pupilas mustias.

Mago extraño y bendito: Yo columbró que alguna
dolorosa nostalgia nevara en tu cabeza
cuando cae el milagro de tu mueca, como una
clarinada de risa sobre nuestra tristeza.
¡Oh tus dos almas líricas! Oh aquel hombre amargado,
refundido al artista sideral, condenado
al heroico suplicio de reír sin querer. . .

Cuántas veces tus lágrimas que arrancaron la mofa
no serían un verso de la auténtica estrofa
de tu vida, y que entonces no supiste esconder! . . .

Ahora podemos agregar también que la interpretación misma de Charlot es por demás deficiente y si queremos ser más precisos, hasta vulgar. Suponemos que Rodrigo Rodríguez San Martín no ha comprendido toda la formidable significación artística de Chaplin—«Cónsul de Jesucristo en la tierra»—como alguien lo llamara—cuya estatura extiende su dimensión tanto en el sentido estético como social, en forma única dentro del cinema. Así lo indica, a lo menos, Rodríguez, en su «Charlot».

En cuanto a la primera tendencia que señalaremos en Rodríguez o sea el cultivo del verso libre, es posible encontrar algunos de innegable belleza y sin duda estos han sido escritos posteriormente a los que son dominados por la tiranía de la retórica, ya que en ellos se manifiestan algunas condiciones en formación y que con el tiempo seguramente podrán complementar-

se y desarrollarse en plenitud. Así queremos creerlo debido a la juventud de Rodrigo Rodríguez. En la «Inquietud de los árboles», por ejemplo, tiene esta imagen, que si dista de ser extraordinaria, sugiere a lo menos posibilidades que Rodríguez escriba en un lenguaje lírico alejado de la actual inopia:

El árbol, sumido en el pantano de sus días, presente
que un invierno cualquiera
terminará el camino que no ha empezado nunca. . . »

Queremos, ahora, referirnos al prólogo de Luis Enrique Délano, muy cordial, generoso y a menudo excesivo en la apreciación favorable:

No está en la edad de la precipitación, y si bien es esta la primera vez que se dirige a una imprenta con un atado de poesías bajo el brazo, no las ha juntado precipitadamente, sino que las ha espigado, las ha compuesto, las ha elegido, las ha seleccionado y puede presentar así una obra—si no madura—por lo menos sobria y hermosa, sin los arrebatos propios de la adolescencia, pero con un gran calor de juventud, con una gran calidad humana.

A veces acierta sin embargo:

A pesar de su juventud, Rodrigo Rodríguez no ha sucumbido al asalto de aquello que los jóvenes llaman con tanto desenfado «lo nuevo». Nada de extravagancias, nada de cabriolas, ni de esas palabras standardizadas cuyo uso se han reservado los poetas adolescentes que posan de ser realistas.

Es verdad esto, y si puede servirle de elogio a Rodrigo Rodríguez, no lo es menos que el tono general de «Mapa de un corazón» es de una sostenida mediocridad y a veces se lamenta que no salte de pronto alguna extravagancia que no aparezca alguna pequeña diablura, tan natural, por lo demás, en los jóvenes, y rompa el tono de la obra.

En otra parte del prólogo dice Délano:

Yo creo que no hay ningún escritor en el mundo que no tenga un primer libro del cual arrepentirse. Es la suerte destinada al primer libro; ser un motivo de arrepentimiento para su autor.

Y más adelante:

Yo espero y creo de veras que Rodrigo Rodríguez (nombre de conquistador, de guerrero, de lidiador) no habrá de arrepentirse de este Mapa de su corazón.

Nos parece demasiada benevolencia de parte de Délano. Nosotros creemos, al contrario, que después de algunos años, y si es que Rodrigo Rodríguez persiste en la ruta por él escogida, no estará muy distante del arrepentimiento. Su «Mapa» no es una obra que pueda satisfacer honradamente a ningún escritor.—A. T.

VEINTE POEMAS DE PAYSANDÚ (1).—*Manuel Benavente.*

Este poeta uruguayo, recogido en el silencio de su tierra provinciana, está cantando desde hace quince o veinte años la inquietud de su espíritu romántico en versos armoniosos y sencillos.

«El jardín de la vida», « y «Rosas de bohemia», libros que le conquistaron una muy justa nombradía en el Plata, señalaron en Manuel Benavente a un poeta original que no pretendía asombrar burgueses con la atrevida novedad de la forma o el zigzagueo luminoso de la imagen descabellada.

Su obra inicial tiene el mismo encanto del poema «Playa Calleja», que nos da en estos «Veinte poemas de Paysandú»:

Claro paisaje de égloga;
playa con olor a campo
y ruidos de pajarera.

Un pedacito de selva
muestra su pañuelo verde
flotando en la tarde quieta.

Esclavas de ignota fuerza,
las lenguas vivas del agua
laman humildes la arena.

(1) Editorial Brújula. Paysandú, Uruguay, 1933.